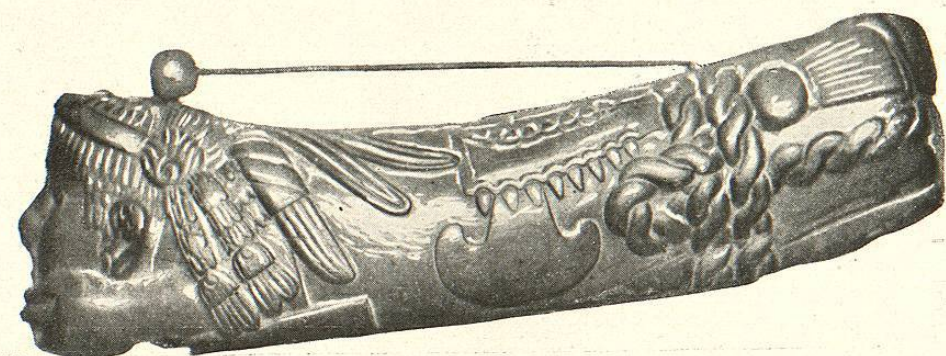


y la armadura que revestía era el plumaje de la reina de las aves, y mostraba el rostro entre el abierto pico de la misma. A mayores hazañas correspondían más honoríficos grados, superiores funciones y responsabilidades más honrosas; á la retaguardia, para evitar derrotas, iban los *cuachic*, tan esforzadamente valerosos que cada uno consideraba de su deber no huir ante veinte hombres.

7. Todo así contribuía á ensalzar á los guerreros; el jefe de la nación era el supremo general, que no asumía el mando sino después de dirigir rudas peleas; los más grandes de sus subordinados eran los más grandes del ejército; guerreros eran los sacerdotes y los hombres todos: á la hora terrible de la conquista aun las mujeres lucharon, y los niños lo mismo que los baldados, que llevaban á los demás proyectiles y armas.

Pero no sólo la educación material orientaba así á los hombres para el combate, sino también la religión: si un hombre moría luchando, creíase que iba á ser guerrero del Sol y á acompañarlo desde su orto hasta el zenit, mientras que le esperaba un oscuro destino si de otra manera sucumbía, salvo cuando era ahogado, pues entonces iba al paraíso de Tlaloc, del dios del agua, acaso porque del agua de su laguna los *meshica* habían sacado todo, alimento y defensa; en ella habían hecho flotar sus jardines nadantes; sobre ella habían erigido chozas, palacios y templos, y como Inglaterra debe al mar independencia y poder, así los *meshica* lo debían al lago; no se les ocultaba sin embargo que, sin su individual y esforzado valor, no les habría bas-



Teponaxtles del Museo Nacional

tado su situación lacustre, pésima y magnífica á un tiempo mismo, y por eso las más altas virtudes eran para ellos las virtudes militares: de la cuna á la muerte todo les hablaba de la precisión, de la conveniencia, de la gloria, del placer de guerrear; por lo mismo, una idea sola explica la historia de los aztecas y sus procedimientos educativos: la de la guerra. Gracias á ella, la educación *meshica* fué un grandioso ejemplo de educación nacional, patriótica por excelencia: su energía sin nombre hizo de los *meshica* el pueblo más heroicamente capaz de soportar las torturas y de saber infligirlas; sus productos supremos son el arte espantable de los sacrificios humanos, practicado con horrible deleite á la hora de los triunfos, y la sublime defensa de la libertad por un puñado de valientes contra el hambre, contra centenares de miles de indígenas, contra los sagaces y aguerridos españoles, y sobre todo, contra la civilización superior de la conquista. Fué así la educación de los antiguos mexicanos la obra maestra de la educación militar para los pueblos que están como el de los aztecas en un período semi-bárbaro: tenía que producir como florescencias supremas, simultáneamente, á Motecuhzoma el pequeño, florecencia monstruosa de la superstición y del despotismo, y al gran Cuauhtemoc, florecencia sublime del carácter más varonilmente templado, para legar á los siglos el ejemplo glorioso de la defensa de la libertad sólo con un grupo de héroes contra un mundo.



México.—Patio del antiguo convento de Santo Domingo

CAPÍTULO II

LA CONQUISTA ESPAÑOLA: SUS EFECTOS SOBRE LA EDUCACIÓN DE LAS RAZAS INDÍGENAS

Lo que tiene más importancia de la conquista no es la ocupación material de los dominios de un pueblo por otro, sino la intromisión de unas en otras almas: esto es lo único que impone para siempre el progreso; pero por esa intromisión aparece una resultante en que obran los disímolos caracteres de los pueblos que se entremezclan, como pasó en México cuando, sobre las heterocelitas razas primitivas, se impusieron los férreos campeones que tan alto levantaron á España en el siglo XVI.

2. Distingúense tales hombres por su voluntad indómita: en ellos, acaso mejor que en nadie, puede estudiarse la extraña emoción que Ribot califica de manía del poder; heredaron en cierto modo las tendencias de los grandes dominadores, los romanos, pero dándoles si cabe mayor rigidez.

En dos maneras se manifestaba entonces esta tremenda expansión de voluntades incoercibles: era una la necesidad irresistible de imponerse materialmente hasta matar á los insumisos ó apoderarse de ellos y de sus bienes; era la otra la no menos irresistible necesidad de mandar intelectualmente, imponiendo una sola fe, una sola esperanza y un ideal único.

El anhelo de predominar materialmente era excedido, sin embargo, por el violento, el codicioso amor á las riquezas; fray Bartolomé de las Casas dijo que los conquistadores tenían *hipo de oro*: éste era espoliado en el Nuevo Mundo por la tentadora facilidad de apoderarse de tesoros que pertenecían á seres por mucho tiempo considerados irracionales, que no recibieron el tratamiento de hombres casi nunca y á quienes sólo se dió esta denominación gracias á los prodigios del gran fray Bartolomé de las Casas, que por fin

hubo de conseguir que el pontífice Paulo III, en su más famosa bula, decidiera que los indígenas pertenecen al humano linaje.

Si sólo la forma de brutal sojuzgamiento hubiera tomado el afán de mando de los conquistadores, habrían desaparecido los indígenas: así pasó en varias islas antillanas y en parte del Continente; pero no era posible lo mismo en tierras más extensas y pobladas, no sólo por estas circunstancias, sino porque á ello se oponían otras formas de sed de mando, tales como el delirio de dominio intelectual y la fiebre de dominio sexual: ésta empujó á la raza ibérica á unirse, á menudo rudamente, con las mujeres sometidas y dió origen á las razas mezcladas.

3. Tuvo, pues, la conquista triple modalidad: físicamente, el predominio del más vigoroso, la supresión brutal, por el hierro, por el fuego, por la expoliación sistemática y el desprecio absoluto de cuantos intentaron oponerse; biológicamente, las uniones sexuales, impuestas por los invasores; desde el punto de vista intelectual, la persecución de una cultura, la transplantación de otra.

Si la primera y la segunda de estas modalidades tuvieron á menudo un sello de brutalidad que espanta, la tercera lo tuvo también cuando se pulverizaron violentamente los testimonios de la civilización vencida.

No pasó esto de una manera constante: en efecto, al intentarse la conquista intelectual púsose en ejercicio, y era inevitable, la conciencia, opaca en éste, lúcida en aquél, de cuantas circunstancias los rodeaban, sea en el tiempo, ya en virtud de energías heredadas, ya á causa de otras de medio material ó social; el dominador, en consecuencia, no pudo, era imposible, imponer de un golpe su civilización: una multitud de hechos conocidos ó sin nombre lo contrariaron ó lo ayudaron, y por eso no dió á su esfuerzo el carácter inhumano de la conquista física sino cuando adoptó, en poquísimos casos, los medios más rudos de ésta, torturando los cuerpos para dominar las almas.

Su mejor ejército en la cruzada de la inteligencia fué el de los misioneros: lo mismo que en la Europa bárbara de los siglos posteriores á la caída del imperio romano de Occidente, encendieron el astro del progreso, y su acción en México duró aún más que la época colonial; pero cambiaron las órdenes religiosas que llevaron á cabo la empresa de dar ideas nuevas á las viejas razas: primero, sobre todo, los franciscanos, se difundieron en el país, enseñando á amar y á perdonar; más tarde, los jesuitas dilataron por largos años su inmensa inundación silenciosa y potente.

La marcha de éstas y las demás órdenes se allanó por los dominicos, los grandes soldados de la justicia, los buenos combatientes del derecho; por ellos, el orgulloso desdén, la altivez despótica con que se veía á los indios se amenguaron, y si el conquistador era la espada que hiere, fueron ellos espada y escudo de defensa. Mayor que nadie por la excelencia de sus méritos y la energía de sus esfuerzos, fray Bartolomé de las Casas fué el primero de los educadores de México, porque enseñó á los hombres de allende el mar que los indígenas son también hombres, y erigió en virtud suprema la que lo es por excelencia, el respeto á la dignidad de todos, que vuelve intangible la personalidad física y moral de los vencidos.

4. La enseñanza de los misioneros llevaba en germen mucho bueno y mucho funesto: antes que nada, y casi de manera exclusiva, quería inculcar los fundamentos del catolicismo, y esto era benéfico porque el catolicismo es superior á las antiguas religiones: pareció tener éxito; los viejos dioses no habían podido vencer á los de Europa, luego no eran los régulos del mundo y debían subordinarse á los vencedores; pero á menudo victoria tal fué sólo una apariencia: perduró el anterior estado de ánimo de los indígenas; si antes se explicaban los fenómenos por la intervención de seres sobrenaturales más ó menos incorporados en fetiques, se los explicaron después igualmente: no eran ya Tlaloc ó Coatlicue, sino, como deidades autónomas, el Señor de Chalma ó el del Sacro-Monte; tal atraso, sin embargo, era también característico de la mayoría de los conquistadores: la ventaja de la predicación no fué, pues, que se introdujera una religión nueva, puesto que con frecuencia el cambio fué verbal, sino que se impusiera un culto que en vez de sangre pedía oro, incienso, flores y éxtasis.

A menudo aun ese cambio fué ilusión: en muchos lugares se tributaba á plena luz culto á Cristo, y

TOMO PRIMERO

Educación nacional

El padre Las Casas

CUADRO ORIGINAL DE D. FÉLIX PARRA. (ESCUELA NACIONAL DE BELLAS ARTES)

particularmente en las tribunas pertenecientes a la nobleza y a la burguesía. En consecuencia, el teatro no era un espectáculo para todos, sino que se limitaba a un círculo reducido de espectadores. En consecuencia, el teatro no era un espectáculo para todos, sino que se limitaba a un círculo reducido de espectadores.

TOMO PRIMERO

Educación nacional

El padre Las Casas

El padre Las Casas (Escuela Nacional de Bellas Artes) es un cuadro que representa al padre Las Casas, un sacerdote español que se dedicó a defender los derechos de los indígenas americanos. En el cuadro, se le ve de pie en un templo azteca, rodeado por los cuerpos de los indígenas que ha salvado de la muerte. El cuadro es una obra maestra de la pintura mexicana del siglo XIX, que refleja el espíritu humanitario de Las Casas y su lucha por la justicia social.

